

PREGÓN DE SEMANA SANTA

28 de febrero de 2004

Pregonero: D. Luis Herrero

Lugar: Teatro Principal

Hora: 19:30 h.

Buenas noches a todos...

Estaba entre cajas... perdonad que improvise un poco, es la tradición y me avisan: ¡ha llegado el obispo! ¡ha llegado el obispo!. De tal manera que yo creo que el protocolo impone que le salude en primer lugar: Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Obispo, Excelentísimo Sr. Ministro de Trabajo, Excelentísimo Sr. Alcalde, Ilustrísimo Presidente de la Diputación, Honorables Conselleras, señoras y señores... gracias ante todo por haberme brindado esta noche el gran honor de ser su pregonero, el mayordomo literario que abre las puertas de la Semana Santa de Alicante, símbolo viviente de la fe de la tierra valenciana, milagro de España.

La función del pregonero hoy en día no tiene otra justificación que la de mantener viva la tradición, de ahí que todo pregonero que se precia de serlo y que quiere seguir con vida, debe tener muy en cuenta que su protagonismo es efímero, que su palabra, por brillante que nazca, termina por cansar, que debe tener límite en el tiempo y que su educación se mide por el respeto que siente hacia la paciencia de los demás. Una vez le oí contar a Alfonso Ussía que hace años en un convento de Madrid el poeta Federico Muelas anunciaba el pregón de Navidad y tanto se entusiasmó el poeta con sus palabras, tanto se extendió que la duración del acto, se prolongó no ya hasta la Misa del Gallo, sino casi hasta la Semana Santa. Al siguiente año, otro poeta ya condecorado del rollo que se había marcado su predecesor, fue el encargado de pronunciar el pregón navideño, estuvo medido en su tiempo y para recordar al pregonero del año anterior, le dedicó esta divertida cuarteta:

“En el portal de Belén
habló Federico Muelas
y al terminar,
las pastoras eran ya todas abuelas”.

Perdonad la broma y por favor, os ruego que no la saquéis de contexto, porque estoy intuyendo entre el público a ilustres personalidades que me han precedido en el honor de estar en este mismo atril otros años y temo que puedan malinterpretar mi humorada alusión al pregón de Muelas. No había, de verdad, en esta cita os lo aseguro, ninguna intención de risa... hoy no podía ser de otra manera.

Vengo en son de paz, vengo ni más ni menos que a arrimar mi hombro de humilde costalero, para ayudar a que se mantenga viva la tradición grata y amarga al mismo tiempo de anunciaros el adviento de la Pasión, vengo a pedir os un anda, un

paso de vuestra noche y una vesta y a deciros también con toda la solemnidad que exige el respeto de esta fiesta, que quiero partir con vosotros mi alma y mi fe del valenciano que soy. Nací muy cerca de aquí, en un hermoso mirador del norte de Castellón y conozco bien las bondades del paisaje, por eso sé que no hay mejor luna que la vuestra para iluminar el verdadero sentido de los días que se avecinan.

Un Dios hecho hombre está a punto de pagar con el precio de su sangre el rescate de nuestra verdadera y definitiva libertad. Ese hombre, Jesús desarmado de su dignidad para hacerse como uno más de nosotros, estuvo solo en las horas aciagas del huerto de Getsemaní, solo subió las cuestas ominosas del calvario y solo se enfrentó a la experiencia terrible de la muerte, hace 2000 años.

El hombre correspondió a su amor con indigna indiferencia y con algo peor, con los insultos, los azotes, las espinas, las lanzas y los clavos que lo cosieron al madero de la cruz. Desde entonces, aquel desamor humano pesa sobre nuestras conciencias y tan doloroso recuerdo nos mueve a rectificar. Por eso cada vez que la primavera se aproxima por primera vez al plenilunio, los tachones de la fe nos recuerdan que debemos convertir la ingratitud de entonces en amorosa correspondencia. Amor con amor se paga y vosotros, aquí en Alicante, lo sabéis muy bien.

Hace más de cuatro centurias que este pueblo alicantino de hombres curtidos por el sol de la huerta y el palangre hincaron la rodilla en el barro para saludar la soledad lacrimosa de la Madre de Jesús, que aquí veneráis y no por casualidad, con el título de El Remedio. Desde entonces, los baluartes del espolón y de San Carlos, no protegen sólo los límites de la ciudad, también protegen la fé de un pueblo tan generoso. A diario llega a nosotros la noticia de una raza de hombres ahogados vivos en una galera llena de egoísmo y ambición, una raza de hombres que un día salimos a los ríos, a los oteros y a los valles con poemas desplegados como banderas y que ya no somos más que árboles petrificados, molinos varados a los que han detenido las aspas en una selva donde sólo sobreviven los que encostran sus afectos. Algún día ya lo veréis, abrirán nuestros corazones forrados de musgo seco y descubrirán sentimientos humanos no diseñados por Dios, canales circulatorios de fieras a la defensiva, de fieras enrabiadas, donde crepitan los crasos, los insultos y los desprecios. Vivimos con demasiada frecuencia en un mundo oscuro donde todo compra o se doblega, donde todo se rinde o se desvanece y en ese mundo, os lo digo con el alma abierta de par en par, hemos ido perdiendo poco a poco el rumbo, la orilla y el amanecer. Por eso le quiero pedir esta noche a la Virgen del Remedio, como se lo pidieron por primera vez los alicantinos hace 400 años, que nos procure con su intercesión infalible del don milagroso de la resurrección a una nueva vida y yo te ruego, Madre de Dios, que en estos días de sosiego y de plegarias, salgas a por todos nosotros y nos rescates de 100 largos y amargos años de soledad. Te ruego Madre de Dios que le pidas a tu hijo enamorado que cargue también con la cruz de todos los odios, las rivalidades y las tristezas de este mundo y nos redimas para siempre de la esclavitud.

Dentro de unos días, pocos días, alrededor de la hora sexta del Viernes Santo, el velo del templo se rasgará en dos partes, de arriba abajo la tierra temblará, las piedras se partirán y tal como lo contó Lope de Vega al Cristo de la Cruz, la oscuridad se cernirá sobre el mediodía. El poeta escribió: "de luto se cubre el cielo y el sol de

sangriento esmalte, o Padre de Dios y el mundo se disuelve y se deshace. Al pie de la cruz Maria está en un dolor constante mirando al sol que se pone entre arrabales de sangre". Pero ese ocaso, amigos, esa puesta de sol a la que alude el verso no es eterna. Nuestra fe nos enseña que ese momento no es un punto final, es al contrario, es el preludio de un gran principio. Cuando amanece el día de la Pascua de Resurrección, la luz se impondrá para siempre en el imperio de las sombras. Yo te pido, por eso Virgen del Remedio, que esa nueva y gozosa luminaria llegue también a las galerías oscuras de la intolerancia y del egoísmo. Te lo pido aquí, esta noche, en Alicante, un pueblo vital y confiado, abierto a la vida, seguro de sí mismo, luminoso y sabio, donde los hombres no arrastran canciones mustias. Porque se comenta que en la semana Santa alicantina, destaca más la alegría y el júbilo de la resurrección de tu Hijo que la tristeza inevitable que conlleva el recuerdo de su sufrimiento.

Alicante muy pronto se engalana con el traje de la fiesta y seguirá otro año en las andas de vuestro esfuerzo a buscar la raíz vigorosa y honda de su fé. Yo creo que alguien debería pregonarlo a los cuatro vientos, deberíamos pregonar que tenemos aquí caminos sin cuchillos, y sin leopardos, y un horizonte abierto donde se desvanecen todos los problemas, y sosiego entre los naranjos y sorna en el fregal para los heridos. Yo os aseguro que llamarán a vuestros corazones como se llama a las ambulancias allá donde la humanidad tenga una pena o un rencor, que aquí se oye nacer estos días una nueva vida, que vendrán los hombres sin patria a este puerto donde tiene trono el Cristo de la Paz, para amarrar siempre sus zozobras, en un mundo nuevo abierto al horizonte, un proyecto en común. Deberían muchos pueblos como el vuestro convocar a todos los hombres de bien y ponerlos como nazarenos a la sombra del Benacantil, donde se ve mejor que en ninguna otra parte cómo dobla la esquina la traición de Judas y se diluye para siempre en la oscuridad de la noche.

La conmemoración de la Semana Santa también es la expresión de la cultura de un pueblo, las conmemoraciones más famosas siempre tienen lugar en las ciudades más cultas y la cultura no es posible sin la libertad. Por eso, cada vez que sacáis a hombros al Cristo de la Caída o al Cristo de las Penas o al Cristo de la Buena Muerte, arropados por el calor fervoroso de las cofradías, vuestras calles se llenan de un afán liberador. Yo diría, yendo a lo hondo, que quisierais conjurar la sombra feina de la tristeza y de la opresión poniendo en pie, alzando del suelo, del barro de la indignidad, a la naturaleza caída que actúa dentro de nosotros, a través de la fiesta que hoy pregonamos.

Aflora la apetencia de Resurrección, por lo tanto, un hambre insaciable de vida nueva, esto es a mi juicio, lo que hace diferente vuestra semana santa. Sois, somos, herederos del mensaje optimista de la fe. La Semana Santa nos habla de amor y nos invita a mantener erguida, aunque a veces se nos presenta desgarrada, la bandera de un mundo más humano.

Dejadme, por lo tanto pediros que soñemos juntos por la idea compartida de una tierra donde no rija más la violencia, ni la oscuridad, ni la pena. Os pido que volvamos todos a la claridad de un futuro donde no exista más la incomprensión, la tristeza, el rencor o la soledad.

Dejadme que le pida a vuestra Verónica el mundo que lleva bordados todos los escudos de la provincia para aliviar de la Santa Faz el rastro de nuestra ignominia y ahora mismo, cuando ya se adivina el nuevo día en los almendros y en el cielo, este pregonero os mira humildemente con el corazón forrado de sal para daros las gracias por haberme dejado bajar al fondo de vuestra amistad. Por haberme dejado adivinar en las sombras vuestros nombres y vuestras aventuras diarias. Desde aquí en nombre la Junta de Hermandades os convoco a participar con fervor en los actos de la Semana Santa que ya se avecina. No faltéis y, entre tanto, dejadme que me despida mirando la cruz del Cristo de la Fe Gitana y que le dedique otros versos del gran poeta del siglo de Oro:

“Dulcísimo Cristo mío,
aunque esos labios se bañen
en hiel de mis graves culpas.
Dios sois, como dios habladme.
Háblame dulce Jesús antes que la lengua os falte.
No os descíendan de la cruz sin hablarme y perdonarme”